

LA CRÓNICA

Silenciosos cataclismos

ARCADI ESPADA

Cierra Don. Es decir, nada: una tiendecilla minúscula, en la calle de Moia, junto al Instituto Francés. Tres letras, apenas, diseñadas, eso sí, por **André Ricard** y corregidas, mejoradas luego por **María Rosa Ventós**, que fue su dueña. Una tiendecilla abierta desde el año 1969, que tenía como misión única en la vida proveer de objetos bellos, legibles, nada altisonantes, a unas cuantas familias de la burguesía de Barcelona. María Rosa Ventós ha cumplido 70 años y tiene suficiente.

—No es el cansancio, no. No estoy vieja. Es que una se da cuenta de que las cosas por las que trabajaba ya no tienen demasiado sentido. Yo quería escribir un libro que se llamara algo así como *Memorias de una dependiente*. Está bien el título, ¿no le parece? Luego pensé que sería mejor llamarle algo así como *La burguesía catalana*. Ahora creo que habrá que llamarle *La inexistente burguesía catalana*. Todo se ha desvanecido ya.

En Barcelona, a finales de los sesenta, un objeto era algo por lo que luchar. La señora Ventós viajaba al extranjero en busca del objeto. Compraba, copiaba, imaginaba. Todavía había en la ciudad artesanos capaces de reproducir los apuntes trazados en un cuaderno de viaje o de alzar los cuatro puntos cardinales, razonabilísimos, de una cartera de piel o de un discreto escritorio: 100 cuartillas blancas, los lápices, las plumas, la goma de borrar y los sellos. Los talleres ya han desaparecido: al menos los pequeños talleres donde la improbable dependiente trazaba la grafía de sus objetos muy civiles.

—La verdad es que desde hace algún tiempo tenía dificultades para encontrar quien trabajara para mí. Ya sabrá: todo es industrial y muy masivo. Todo viene hecho, además. Hecho e imaginado, que es peor. Pero lo importante, lo trascendental, es que últimamente yo veía que la gente que entraba en la tienda mantenía con los objetos una relación muy diferente a la que yo había conocido siempre. Ni mejor ni peor: distinta. No



SILVIA T. COLMENERO

En Don, empaquetaban ayer los últimos objetos.

he logrado acostumbrarme. Quizá fuese que antes encontrar un objeto bello, armónico, útil, era un suceso. Algo que la gente apreciaba de veras porque era raro. Ahora nos invade la belleza.

Voracidad autofágica

La señora Ventós habla con ironía apenas apagada, bajo el síndrome todavía de no haberse acostumbrado a ver el mundo desde el único lado que cuenta del mostrador. Durante casi 25 años vio a las gentes desde ese lado. Hoy tiene que hacer un esfuerzo nada elemental por recuperar la mirada. El cierre de su tienda es un importante capítulo de su historia personal y uno de esos silenciosos cataclismos que de vez en cuando acontecen en las ciudades. Especialmente en las ciudades como ésta, dotadas de una inextinguible voracidad autofágica. Nada dura en Barcelona. **Quim Larrea** ha dicho algunas veces que contra lo que sumariamente se piensa, Barcelona

es una ciudad escasamente tradicionalista. Tiene razón. Una ciudad que desprecia radicalmente lo que lleva en pie algunos años —algunos, son aquí siempre demasiados— y que despliega una implacable potencia a la hora de levantar edificios todavía a ras de sueño. Una ciudad donde cada vez es más complicado resumir sus diversas arqueologías, donde ya parece imposible conservar territorios de encuentro intergeneracional, sean cafés, bares de la noche, paseos, tiendas o burdeles.

Todo esto, obviamente, tiene una importancia relativa. Cada ciudad tiene derecho a elegir la forma cómo crece y a costa de qué. Aunque los teóricos del lenguaje alertan cotidianamente sobre el empobrecimiento del idioma y por tanto del pensamiento que supone la predominancia excesiva, generalmente importada, de determinadas palabras elevadas por el poder y la moda a la enésima potencia. No quisiera parecer oscuro, pero es que donde Don se alzó mañana La Caixa plantará oficina.

La ciudad bosnia de Tuzla y el diario 'Oslobodenje', de Sarajevo, reciben el premio internacional Alfons Comín

F. BRACERO, Barcelona

La ciudad asediada de Tuzla, en Bosnia central, y el diario *Oslobodenje* (*Liberación*), de Sarajevo, recibieron ayer el 10º premio internacional Alfons Comín en el Saló de Cent del Ayuntamiento de Barcelona. El consistorio patrocinó el galardón, otorgado por la Fundación Alfons Comín.



El
re
de
ga
fic
de
Ca
ta
pu
do
nic
Pla
liz
téc
Au
en
tua
la
cre
Eco
de
bón
pro
pos
na
Bar
por
nac
des
Est
(19
dos
pañ
cin
má
ción
la d
que
net
En
ord
en
tal
cor
ra;
pa
lun
la q
lida
dec
los
sis
que
en l
hac
lo c
ano
del
ber
las
má
des
cial
co